

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 2 DE JULIO DE 1891

CONDICIONES

El pago sera siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Canmartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

GRAN FABRICA DE LUNAS

y depósito de cristales, molduras, marcos y estampas

JUAN SOLER E HIJO

Plaza de los Tres Reyes, 2.—CARTAGENA.

Lunas en blanco de espejo biseladas y grabadas al ácido.—Vidrieras artísticas para iglesias y salones.—Baldosas cristal para pisos.—Baldosillas para claraboyas.—Lunas de segunda plateadas.—Vidrios sencillos dobles, de color, muselinas, esmerilados, moldados, &c. &c.

PRECIOS REDUCIDOS

PIDANSE TARIFAS

Se platean lunas deterioradas.

AL PUBLICO

La carne de los toros que serán lidiados mañana y pasado en esta plaza, se venderá exclusivamente en los siguientes establecimientos:

Plaza de la Verdura, número 15, al lado de los Máximos.

Calle de Sta. Florentina, número 2, frente á Fulvia.

Y calle Honda, número 14, frente á la Pajarita.

Además se expenderá en la vía pública, plaza de Risueño, esquina á la calle del Duque y frente á la Capitania General.

En las expendedorías citadas habrá un cartel que dirá:

CARNE DE TORO LIDIADO

¡A LOS TOROS!

La fiesta nacional está en decadencia. El arte del toreo anda por los suelos desde que el Guerra se dió el tjeretazo; pero se anuncian toros y allá va la gente.

¿Que los toreros no son conocidos? No importa; si no dan gusto al público se les dá una grita.

¿Que los toros carecen de fama? Es sensible; pero tienen cuernos y eso es suficiente para atraer la gente.

Lo dicho no reza con la fiesta de

mañana. Aun quedan toreros de renombre que electrizan al público haciéndole aplaudir entusiasmado; aun quedan ejemplares de cartel y de ellos se valen los empresarios que se distinguen para sostener el culto á esta fiesta española tan animada y tan alegre como jamás la hubo fuera de España y de la América española.

Y aun quedan buenos toros para hacer juego con los toreros sudichos; mas hay que conocerlos y pagarlos en su precio justo, sus trayéndose a la codicia de elegir lo barato para explotar al público.

De esos empresarios que exhiben la fiesta nacional como es debido, quedan pocos; mas entre ellos, y ocupando preferente lugar, está el inteligente Aracil, que en eso de preparar corridas de primera no hay quien le aventaje.

¿La prueba? Los matadores que actuaron en esta plaza el sábado y domingo; Fuentes, el torero elegante y con vergüenza, que no huye nunca al bulto y que lo mismo hace rodar al toro de una estocada hasta los gavilanes, que le dibuja un par de banderillas en el mismo morrillo; «Quinito», el torero valiente que trabaja á conciencia y que nos ha probado con largueza en otras temporadas que es de la misma madera que estuvieron formados los grandes maestros.

¿Y los toros?

¡Soberbios animales! Nadie osará decir que los Miras que esperan encerrados á que el clarín les abra las puertas del anillo, no son seis bichos que prometen mucho. Aunque llegado el día de la lidia y verificada ésta, resultaran lo contrario de lo que prometen, no habría motivo para llamarse á engaño, porque el primer engañado sería el mismo Aracil, que los escogió como superiores entre todos los que había en la dehesa al tiempo de elegirlos.

¿Y los Cámaras?

Pocos años deja de traerlos el

famoso empresario y jamás dejó de aplaudirlos el público, por sus inmejorables condiciones de lidia.

Con tales elementos y con la enseñanza, que dá la experiencia, ¿quién no espera ansioso el día de mañana? Los que no lleven en el cuerpo unas gotas de sangre torera ni se sientan artistas ante el hermoso cuadro de grandeza que ofrece la flameante capa interponiéndose como fuerte muro entre las gallardías del torero y las embestidas brutales del toro.

Hay que ir á ver eso. De toda la provincia viene gente á verlo. Los trenes llegan á la estación llenos de aficionados. Las calles rebosan de gente que espera la hora de la lidia. En todas partes se discute sobre el resultado que dará la fiesta y en ninguna se duda que será de acuerdo con las esperanzas del empresario, que son las del público.

¡A los toros! ¡A los toros!

A recrear la vista en el conjunto de hermosuras que coronan la plaza; á encantarse en la contemplación de ese bello cuadro palpitante de vida; á gozar los encantos de la plaza llena y á aplaudir la vara de castigo, el quite peligroso; el gentil galleo, el par puesto de frente y la estocada que remata al toro haciendo innecesaria la puntilla.

¡A los toros!

TJERETAZOS

La Cámara de los Comunes de Inglaterra ha acordado regular al general Robert 250.000 libras por los servicios prestados en el Africa del Sur.

Por cierto que los irlandeses han promovido un alboroto.

Y tienen razón.

Porque abultan mucho más que los servicios que se premian, los veinticinco millones de la remuneración.

Después de todo ¿que ha hecho Robert en Africa?

¿Vencer con doscientos mil hombres á cuarenta mil?

¡Hemos dicho vencer!

Nos retractamos.

El general Robert dió por terminada la guerra hace un año y dura todavía sin esperanzas de que tenga término.

Si aquí en España se atreviese alguien á proponer tal cosa en el Congreso, se lo comían los leones de la entrada.

Monede escudado que armarían esos 25 millones.

—«Todos los hombres son hermanos—dijo el divino mártir.

Y en efecto:

Alemania le enseña los puños á Colombia.

Chile se prepara para meterle mano á la Argentina.

Los ingleses tometen á los boers al martirio de la reconcentración.

Y Europa reparte en China una lluvia de palos.

¿En donde está el amor que predió Jesús?

Sin duda se lo han guardado en el bolsillo esos perfectísimos cristianos defensores de la humanidad.

Y conste que no elimino á los chinos que son hijos de Dios como nosotros.

De la faena de reorganizar los servicios á que varios ministros vienen entregados, va á resultar un nuevo ministerio.

Si se empeñan así sucederá.

Y probarán que con ello se obtiene economía.

¿Para que tiene el gobierno tantos oradores en las Cámaras si no es para que hagan de lo blanco negro?

Leemos:

«La nota más saliente de las maniobras navales francesas que acaban de ejecutarse en el Mediterráneo durante el primer período de ejercicios, ha sido el ataque al acorazado *Charles Martel* por el submarino *Gustavo Zede*, cuando aquél salió de Ajaccio.»

Eso es en la guerra de mentirijillas.

En la de verdad, el *Gustavo Zede* se iría al capazo.

No es lo mismo hacer un simulacro que exponerse á ser partidos por una explosión.

mujer, una buena y activa campesina, que no hubiera podido encontrarse mejor, ni aun buscándole con cardil.

Lo malo era, que, como suele decirse, se gustase demasiado la bebida, de cuyo vicio no podía corregirse, y á quien por ello le reconvenía, le contestaba invariablemente:

—Beber, cierto que me gusta beber, pero me bebo lo mio, y por lo tanto nada debe importarme á los demás.

En el pueblo no temía á nadie, excepto al señor escribano, por el cual sentía un respeto invencible. Cuando de lejos veía un sombrero á cuadros blancos y negros; una nariz achatada; una barba de macho cabrío; todo ello montado sobre dos piernas altas como gaseos y que oaminaba á lo largo del camino, en seguida se quitaba el sombrero. Además el escribano tenía sobre él cierto poder. Una vez, muchos años atrás, durante la revolución, habían sido confiadas á Rzepa algunas cartas que debía llevar á cierto lugar, y lo hizo. Qué sabía él de lo que decía? Pero más tarde, pensando en ello, tuvo miedo, de que quisiera hacerle responsable de aquel hecho, y es por esto que tenía un miedo cerval ante el escribano.

Cuando Rzepa, de vuelta del bosque, entró en su casa, apresurase la mujer á salir á su encuentro, y al verlo le dijo:

—¡Mis ojos ya no te verán más por mucho tiempo, no trabajaré más para tí, ya no te prepararé la comida! ¡Infeliz! ¡Te mandarán al fin del mundo!...

—¿Qué! ¿Has comido befeño (1) ó te ha picado un tábano?—preguntó el marido sombrado.

—Ni he comido befeño, ni ningún tábano me ha picado,—respondió la mujer,—pero el señor escribano ha estado aquí, y me ha dicho que serás alistado soldado... ¡Hul...! ¡Que te mandarán al fin del mundo!...

Entonces Rzepa empezó á interrogar á la mujer, y ésta se lo contó todo, dejando, sin embargo, lo de que el señor escribano la había abrazado por la fuerza, porque temía que el marido le insultase ó que, peor aún, le diese de puñadas, lo que, según ella, hubiera empeorado aún más la situación.

—Anda, loca,—dijo por fin Rzepa,—¿por qué lloras de este modo? No temas que me hagan soldado, porque yo ya he pasado de la edad, y, además, tengo una cabaña, tierras que cultivar, y, en fin, porque debo mantenerme á tí, que eres loca de estar, y á éste chiquillo que llora á grito pelado.

Diciendo esto, señalaba con el dedo á la duna, en la cual el chiquillo, un robusto pequeñuelo de un año, en aquel momento estaba plenas al aire, y chillaba hasta dejarlo coque.

(1) Yerba venenosa que causa el delirio.

el lecho, y estaba leyendo uno de los volúmenes de «Isabel de España», edición Breslaner. Su posición, no del señor Breslaner, del señor escribano, era espantosa, que sería necesaria la pluma de Victor Hugo para describirla.

Sobre todo la herida de las partes carnesas de su cuerpo, le ocasionaba un dolor agudo; tanto, que la lectura de «Isabel de España», que para él era antes una fuente de verdadera voluptuosidad y agradable distracción, ahora solo servía para marearlo. Además de esto, tenía un poco de fiebre y, difícilmente, podía coordinar sus ideas. A ratos, fantasmas extraordinarios le pasaban por el cerebro. Precisamente en aquel momento, apenas había acabado de leer el capítulo de su novela en el que el joven Serrano salvó, al Escorial, cubierto de heridas, después de haber alcanzado una gran victoria contra los carlistas. En aquel momento, apenas había acabado de leer el capítulo de su novela en el que el joven Serrano salvó, al Escorial, cubierto de heridas, después de haber alcanzado una gran victoria contra los carlistas. En aquel momento, apenas había acabado de leer el capítulo de su novela en el que el joven Serrano salvó, al Escorial, cubierto de heridas, después de haber alcanzado una gran victoria contra los carlistas.

—¡General! ¿Está herido?—preguntó á Serrano con voz visiblemente temblorosa el joven general, y con voz apenas respirada el general.

—¡Ay, ay! estoy herido!—respondió Serrano. —Vuestra Majestad...

—Tranquilízate, mi general, sédate y ponme tus heridas.